



Voces y expresiones viciosas

Rail

No voy a ponerle los puntos sobre las íes a la docta Corporación. (1) Pero se me permitirá que, con todo respeto, disienta de su actitud de allanarse fácilmente a las exigencias del público ignaro. Y en esta denominación genérica entran todos los zarrampines de la literatura.

Enriquecer la propia lengua con voces tomadas a otra extraña porque carecemos de equivalentes en la nuestra, es cosa justificada e incluso plausible. Este es el punto de vista del padre Feijóo, que no era por cierto, en cuanto atañe al estilo, un escritor ejemplar. Pero si disponemos de modos expresivos de abolengo y tradición literaria, no hay razón alguna para entrar a saco en tal o cual idioma forastero.

Cuando el primer tren cruzó nuestras tierras, las palabras *carril* y *riel*, ya andaban en buenos libros. No había, pues, necesidad de adoptar el *rail* de los ingleses para referirnos a los llamados caminos de hierro. Así a nadie se le ocurrió denominar al tren *ferro-rail*, sino ferrocarril.

Las malas traducciones—que siempre ha habido mucho desenfado para emprender esta clase de trabajos—tienen generalmente la culpa de que determinadas voces foráneas se prohijen por doctos e iletrados, poco escrupulosos con el lenguaje. Y un término que va de pluma en pluma y de boca en boca, cualquiera que sea su origen, acaba por generalizarse, aunque la riqueza y abundancia de nuestro léxico, nos releven de tales latrocinios.

El conspicuo lector, que además de su saber tenga respeto a nuestra lengua, advertirá en seguida, lo innecesariamente con que Carmen de Burgos, por otro nombre *Colombine*, Carmen Laforet y Alejandro Gaos emplearon, en las frases que voy a transcribir, la palabra objeto de este paliqúe.

«...mientras la locomotora arrastra los vagones sobre los *rai-*

(1) En el Diccionario de la Real Academia Española, de la décimo quinta edición, (Madrid, 1925), que es la que tengo a mano, viene la palabra objeto de este pasatiempo lingüístico.

les...» Trad. de *Las piedras de venecia*, de Ruskin (Valencia. s. a.) t.º I, pág. 157.

«...y un campo de railes y de locomotoras brillaban al sol». *La mujer nueva* (Barcelona, 1955.) pág. 314.

«Ahora se discute sobre railes, con fórmulas y frases hechas...» *La improvisación española*. A B C, del 17 de Enero de 1958).

Con sustituir railes por rieles o carriles, se habría dado una prueba excelente de buenas lecturas y de ser inatacable al óxido de los malos ejemplos.

Justifiquemos el palmetazo con los brillantes testimonios o paradigmas que vamos a estampar a seguido, y que corresponden a Andrés de Laguna, Cervantes, Ambrosio de Morales y Pellicer.

«Dicen que huye siempre el Murguño de los carriles...»

«... algunas veces dice cosas (Don Quijote) que... son tan discretas y por tan buen carril encaminadas...»

«...a cierta manera de barras de oro pequeñas, a que agora llamamos rieles...»

«Encaminándose por carriles y sendas poco usados».

Ya en nuestro siglo, D. Pedro González Blanco, no será menos correcto y cuidadoso al poner en castellano la *Historia de la filosofía moderna*, de Harald Höffding. (Madrid, 1907).

«...no tiene derecho a salirse de los carriles del bien» tº I, pág. 19.

«La Reforma transportó el desenvolvimiento del espíritu a otros carriles». tº I, pág. 29.

Y un laureado poeta extremeño, escribirá:

«El papagayo crudo—de recibir estatuas—nunca puso carriles—en los campos azules de mi alma». Manuel Pacheco: *Autorretrato*. «Alcántara», número 111-112-113.

Comete un dislate atroz,

sí señor,

quien dice o pone *rail*

en vez de carril o riel.

¡Vive Dios

que arremeterán con él

los que saben escribir

y decir

las cosas bien!

UN APRENDIZ DE HABLISTA

EL REGRESO

A. M. C. R.

Me has devuelto, Señor. Esta es mi tierra,
éste es el mundo mío, el de mis cosas.
Aquí conozco todo cuanto pasa
mansamente a mis ojos...

Aquí, Señor, resuelvo mis problemas diariamente,
aquí tengo mi casa y todos mis amigos,
mi mar y su gustillo cargado de marisco...

Allí... Apenas tenía nada. Era un extraño más
entre todo lo extraño, entre el ir y el venir
de tanta gente que no me conocía,
de tanta gente que caminaba cierta a su trabajo
sabiéndose el camino...

No estaba allí mi vida. Ni en aquel campo
donde me olían las cosas de otra forma,
ni en aquel cielo—más azul si es que quieres—
que mi cielo de Cádiz.
Allí no tenía mar, no tenía aroma que llevarme a la boca
para dejar mis labios manchados de salitre...

Me parecía, Señor, un sueño mi regreso,
un sueño encontrar un camino que hablara
de mi vuelta. Pero por fin he vuelto.

Aquí conozco todo y todo me conoce
de verme día tras día camino del trabajo,
camino de la Iglesia, de mi casa,
del amor que me espera...